

LA IGLESIA DEL SEGUNDO ANUNCIO. COMO NACE/ RENACE LA IGLESIA

Giuseppe Laiti¹

¿Cómo nace, renace la iglesia? Acostumbrados, desde siempre, a encontrarla ya constituida en nuestro ambiente vital, inmersos en su organización y en sus actividades, estamos preparados para responsabilizarnos de la vida cristiana, para hacerla crecer, a comunicar las reglas por las que se regula. Nos sentimos equipados para el “cuidado pastoral”. Sin embargo, nos vemos desubicados cuando la presencia de la iglesia resulta reducida, casi ausente, cuando las “prácticas” que la expresan visiblemente parecen carecer de relieve significativo para los momentos fundamentales de la existencia². No es habitual para nosotros imaginar un proceso iniciador, que disponga a la fe, a reconocer su relevancia, que active la pertenencia a la comunidad cristiana como lugar de vida. Un eslogan expresa bien nuestra situación: estamos habituados a presuponer la fe, a encontrarnos con la iglesia, pero mucho menos, a participar en el proceso que hace nacer la comunidad cristiana en un lugar. Ofrecemos a

1 Teólogo, enseña Patrología e Historia de la Iglesia en el estudio teológico “San Zeno” y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Verona. Artículo original publicado en: Giuseppe LAITI, *Chiesa del secondo annuncio. Come nasce/rinascce la Chiesa*, in «Esperienza e teologia» 30, gennaio-dicembre 2014.

2 Un indicador entre tantos es el éxito del reciente análisis del Censis: “El Evangelio y los italianos”, del cual se deduce que el 70 % de los italianos posee en casa un ejemplar del Evangelio, pero más del 50 % de ellos no lo abre nunca. Casi el 80 % lo considera importante como parte del patrimonio cultural y espiritual, pero sólo el 20 % sabría citar algún pasaje. El 40 % no sabe que los evangelios son cuatro, incluso un tercio de aquellos que acuden a la iglesia no lo conoce.

todos el acceso a los sacramentos, celebraciones para solemnizar momentos de la vida, oración en determinadas circunstancias. A todos nos resulta más difícil anunciar la palabra del evangelio de modo que suene como “hermosa noticia” para la vida, que suscite la adhesión de fe, dé orientación para la vida y deseo de celebrarla ante Dios. Somos iglesia por tradición, por continuidad con el pasado; cuando la misma se fisura o tal vez se interrumpe, cuando deja de ser percibida como “buena noticia” para el día de hoy, nuestros paradigmas pastorales, pensados para custodiar la fe, ya no resultan capaces de proporcionarnos indicaciones adecuadas. Lo cual da lugar a un interés por un retorno a los orígenes, no tanto en sentido cronológico, cuanto genético: ¿cómo nace y renace la iglesia? ¿Cómo hacer que la palabra del Evangelio suscite la fe y en consecuencia la comunidad de los creyentes?³

Segundo anuncio como condición pastoral

La expresión “segundo anuncio” ya tiene su propia historia. Es bueno no olvidar que la misma ocupa un lugar primordial en la práctica pastoral de las comunidades cristianas donde sacerdotes y catequistas se encuentran en situación de proponer la fe cristiana a adultos y jóvenes adultos a quienes ya ha llegado el anuncio de Jesús, un anuncio “público”, que llegaba a todos al menos en la infancia, como componente habitual del contexto social. Aun así, para muchos, el significado de semejante anuncio no ha llegado a ser una referencia relevante en la elaboración del propio proyecto de vida adulta, en la construcción de las relaciones afectivas, del propio modo de situarse en el mundo del trabajo y de participar en la vida social. Esta marginación del mensaje cristiano se ha producido en la mayoría de los casos de manera indolora, quizás casi como algo natural con el paso de la infancia/adolescencia. De este modo, la nueva propuesta se enfrenta con este carácter de extrañeza o irrelevancia del mensaje cristiano. Esta “segunda vez” del anuncio puede presentarse de manera indirecta o directa, por ejemplo, con ocasión de la ini-

³ Este interrogante ha estimulado la búsqueda y la meditación de páginas del Nuevo Testamento que pudieran ofrecer inspiración, como Lc 24, 13-35, Hch 8, 26-40, 10-11; así como de anuncios que hacen surgir dificultades diversas, como Hch 17, 22-34. En general, son el modo con el cual Jesús se encuentra con las personas, los itinerarios de la misión paulina que se manifiestan instructivos. Siempre el lugar del anuncio es el encuentro, el proceso de interacción de Jesús, de los apóstoles y sus interlocutores, dentro de su situación.

ciación cristiana de los hijos o de los hijos de parientes o amigos, al pasar por momentos de dificultad que nos ponen a prueba o se viven momentos que nos llevan a nuevos compromisos vitales. En tales ocasiones el adulto puede sentirse llamado a cuestionar las referencias de significado que encuentra depositadas en su memoria y a las cuales el ambiente (parroquia o movimientos, u ocasiones) ofrece acceso.

Para la comunidad cristiana, particularmente para quien representa la ministerialidad en los diversos ámbitos de la acción pastoral, estas ocasiones no son fáciles de asumir. Podrían limitarse a su carácter “ocasional”, dejando la condición de los interlocutores con respecto a la fe casi invariable. Pero también podrían llegar a ser momentos vitales para la comunidad cristiana, siempre que ella asuma para sí misma la cuestión de significado que está presente en ellos, de forma explícita o implícita, resentida o incluso dubitativa, en expectativa. La pregunta que se plantea a la comunidad cristiana suena más o menos así: ¿qué espacio comunicativo hay que privilegiar para que la palabra del evangelio pueda resultar significativa, buena noticia para la vida, para la situación por la que se está atravesando? No se trata de encontrar una estrategia de recuperación o reconquista sino más bien una condición, un modo de situarse que favorezca la comunicación, el resurgir de la pregunta o de la “sorpresa” para un significado anteriormente no reconocido y un diálogo en torno al mismo. Este espacio a nivel elemental puede encontrarse en el compartir el compromiso que califica a todo ser humano viviente: el compromiso de ser humanos humanizando nuestro mundo, combatiendo las deshumanizaciones que lo entorpecen, que repercuten de modo particular sobre los más desfavorecidos, aquellos que disponen de menores recursos, en cuanto a bienes, de salud, de redes relacionales. Por parte de la comunidad cristiana se trata de anteponer a todo el destino universal de la salvación, la preocupación por cada persona, no solo de manera intencional sino lo más concreta posible, real. Ello exige a las iglesias la revisión de su modo de habitar en el mundo del cual forman parte. El inicio de la *Gaudium et Spes* puede constituir una referencia inspiradora:

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren,

son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia”. (GS 1).

Evangelii Gaudium propone una traducción personalizada de ese párrafo: cada cristiano debería desear poder dejar este mundo mejor que cómo lo ha recibido:

“Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra”. (EG 183).

Se trata de aprender a vivir el mundo actual en nombre del evangelio y por el anuncio del evangelio. Lo cual sugiere a la comunidad cristiana el modo de situarse en su territorio, de habitarlo, de asumir dentro del mismo su posición, su “forma”.

Forma ecclesiae para el anuncio del Evangelio

Con el verbo habitar, según el uso propuesto por el reciente congreso eclesial de Florencia, se hace referencia sobre todo al tejido relacional que constituye la trama de la vida cotidiana en un territorio⁴. Evoca la trama comunicativa

4 Con una sucesión de cinco verbos, *salir, anunciar, habitar, educar, transfigurar*, el congreso eclesial de Florencia (9-13 de noviembre de 2015) pretendió evocar el itinerario de las comunidades cristianas para el anuncio del Evangelio hoy. A esta secuencia podemos adjuntar la de *Evangelii Gaudium* 24: *tomar la iniciativa, implicarse, acompañar, fructificar, festejar*. En un plano más amplio y general, el tema es tratado en la encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco que aborda la cuestión sobre cómo el anuncio del Evangelio invita a participar en la edificación de una “ecología integral” (LS 137-162). Al respecto, véase B. BIGNAMI, *Abitare il mondo. La “casa comune” alla luce della “Laudato Si’”* en “La Rivista del Clero Italiano” 97 (2016) 10, 713-729. Para la presentación del tema cfr. A. BORRAS, L. BRESSAN, *Abitare da cristiani il nostro*

corriente con aquello que ello acentúa y aquello que empuja hacia las fronteras. Habitar significa identificar los territorios de encuentro, los activos y aquellos que esperan ser reabiertos, rehabilitados, para ser vividos y para que personas que no disponen de una voz relevante puedan ser escuchadas y tener acceso a la palabra. Habitar permite aprender la lengua de lo vivido, que plasma su expresión y sus tonalidades. Es habitando como se comprende de qué forma el hoy percibe aquello que viene del pasado, cómo se lo interroga, cómo puede llegar a ser no un residuo del cual liberarse, sino un recurso para la inteligencia del presente que busca su futuro posible. Un mensaje puede retornar como una “segunda vuelta”, no como repetición o regreso al pasado, sino como un don inesperado anteriormente no vivido. Aquello que se está viviendo resulta una ventana, un punto de vista que permite su apreciación, una comprensión nueva que deja ver su fecundidad en la propia existencia.

No es la primera vez que la Iglesia se encuentra con la cuestión de cómo situarse en el mundo. El interrogante se plantea cada vez que cambia su condición: minoría-mayoría, tolerada/perseguida-reconocida-privilegiada. Se encuentran en juego tanto actitudes, como formas organizativas, como modos de configurar la misión. La tentación del repliegue a modo de secta para proteger su identidad, o de diluir su mensaje en nombre de su vocación universal está siempre en acecho. También las variaciones del habitar humano inducen a similares interrogantes. Basta sólo con pensar en la iglesia de pueblo o de la periferia de una metrópoli en condición permanente o de amplios flujos migratorios (y en sus diferentes causas y significados). Las reflexiones actuales sobre la parroquia como forma de iglesia entre la gente son indicadores de hasta qué punto la variación del habitar humano interpela el habitar de las iglesias⁵.

tempo, Parrocchie d'Europa si interrogano 2009, ed. EDB, Bologna. También el primer capítulo de “*Incontriamo Gesù*”, *Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia*, publicado por la CEI, Roma 2014, 19-49, que lleva por título: “*Abitare con speranza il nostro tempo*”.

5 Se puede encontrar una recensión sintética que evidencia dicha apuesta en A. JOIN LAMBERT, *Évolutions et avenir des paroisses et des Églises: Aperçu de recherches et réflexions récentes*, en “*Ephemerides Theologicae Lovanienses*” 90/1 (2014), 127-151. Para una reflexión propositiva cfr. A. BORRAS, *À l'âge du renoncement. Comment la paroisse peut-elle faire émerger l'Église?* En Ch. THEOBALD (éd), *Pourquoi l'Église?* Ed Bayard, Paris 2014, 239-263.

Las razones que actualmente provocan y también guían esta búsqueda pueden ser asociadas a dos polos:

a/ Como cristianos hemos vuelto a ser “minoría” en una sociedad que no transmite la referencia religiosa como central, sino a lo sumo como libre opción de cada sujeto particular. De hecho, amplios sectores de la vida cotidiana, en el tejido de la existencia, se organizan fuera de la referencia a lo “religioso”, al Evangelio. “Minoría” no equivale aquí a porcentaje numérico; hace referencia al eco significativo del Evangelio, comprensible en los hechos por unos pocos, especialmente entre las nuevas generaciones. Las vivencias que marcan la existencia de muchos los llevan a dejar de lado la referencia al evangelio porque resulta para ellos no pertinente, extraño. Las mismas iglesias se encuentran con dificultades para formular la propuesta evangélica de modo adecuado ante tantas situaciones de la vida. La dificultad de comunicación entre la fe como patrimonio que proviene de nuestra tradición y las formas de vida que se van difundiendo cada vez más, de modo particular entre las nuevas generaciones, es un dato ampliamente percibido. Las razones que figuran tras esta situación han sido largamente exploradas y resumidas a menudo bajo la etiqueta de la *secularización* o del alejamiento de la fe⁶.

b/ En esta situación, más allá de las tentativas más o menos declaradas de restablecer la condición precedente o del lamento sobre los tiempos que nos toca vivir, la fe nos invita enérgicamente a interrogar al Evangelio: ¿Para qué modo de presencia nos habilita? ¿Qué figura de iglesia genera el Evangelio y es idónea para su anuncio, para actuar de modo que Jesús el Señor, su mensaje, sea anunciado evangélicamente, para ser escuchado como “buena noticia”? Si la situación de minoría provoca el cuestionamiento del Evangelio, es, no obstante,

⁶ El tema, como se sabe, es delicado y no permite conclusiones maximalistas. Nuestros ambientes viven todavía valores que tienen raíces evangélicas sin que esto sea percibido como genético positivo. Una afirmación como la de la Conferencia episcopal italiana en *Educare allá vita buona del Vangelo*: “La fe es amiga de la inteligencia, de la libertad y del amor” no encuentra fácilmente un eco inmediato en la sensibilidad corriente. Como subraya con frecuencia el Papa Francisco, vivimos un contexto que exige la paciencia y el servicio del discernimiento.

la respuesta a tal interrogante el que guía el modo de habitar nuestro mundo como comunidad del Señor Jesús.

La cuestión de habitar el mundo lleva consigo en primer plano, como vía comunicativa, la modalidad relacional, ya sea del simple creyente en particular o bien de la comunidad cristiana en un lugar. Es más, la comunidad cristiana se convierte en el lugar en cual las modalidades relacionales son elaboradas con la fuerza del Evangelio, con la inspiración que de él procede. Los creyentes en Jesús, de hecho, habitan el mundo de todos (de la lengua al trabajo, a la construcción de las relaciones...), lo que los califica a la vista de todos es el tejido relacional que instauran, las modalidades de su presencia, de sus implicaciones y tomas de distancia, de sus consensos y sus resistencias. La afirmación del Documento de Base para la Renovación de la catequesis en Italia del lejano 1970 – *antes que el catecismo están los catequistas, mejor aún la comunidad cristiana* – muchas veces reafirmada desde entonces, manifiesta aquí su clarividencia, indicando un compromiso permanente.

Practicar una fecunda intersección

Una comunidad cristiana vive en la intersección de tres espacios diversos: el de la asamblea litúrgica, el de los múltiples contactos o referencias a las Escrituras (Palabra) y el de lo cotidiano, de la vivencia tal como se presenta cada día. Es justamente la fluidez de esta intersección lo que da vida a la visión de Iglesia que los creyentes respiran y en la cual se reconocen. La asamblea litúrgica expresa el “de donde” de la existencia cristiana, las Escrituras manifiestan el “cómo” se configura la existencia cristiana por el consenso con la Palabra inspirada e inspiradora, lo cotidiano muestra el para quién, para qué vivir. Las carencias en el cruce de los tres espacios hacen defectuosa la práctica y la visión de Iglesia: la misma puede permanecer “suspendida”, carecer de terreno real si no toca lo cotidiano, si no es capaz de descubrir el poder de ser inspirada por la Palabra depositada en las Escrituras que la asamblea litúrgica custodia como Palabra de Dios. Desde esta intersección fluida las iglesias están llamadas a un doble desplazamiento, como eco del Vaticano II⁷: de las competencias como manifes-

⁷ Hago referencia para estos apuntes a Ch. THEOBALD, *Ricevere il Concilio Vaticano II: una nuova immagine di Chiesa*, en “Rivista del Clero Italiano”, 97/2 (2016), 86-102.

tación de autoridad a los compromisos, de los compromisos al servicio a los itinerarios de las personas. Hacia una iglesia humilde, en salida hacia las personas, convertida ella misma por el servicio del evangelio.

De ahí tres direcciones para una iglesia del segundo anuncio:

a/ Una iglesia atenta a la historia. La historia es el lugar donde el Dios de Jesús y los seres humanos se encuentran. Es la figura concreta de nuestras existencias: no existe vida humana sino como historia, entrecruzarse de condiciones (piénsese a la edad de la vida, salud y enfermedad, éxitos y fracasos...) y situaciones (sociales, culturales, las redes en las cuales nos encontramos viviendo). En la historia de cada persona, la iglesia sabe que ha sido precedida por el Señor Resucitado, por el soplo de su Espíritu. Ello se manifiesta en las múltiples figuras de los deseos de una vida buena, feliz, en los intentos y afanes por dar a los mismos una forma concreta. Aparecen signos de fe en la vida que no se derivan del simple cálculo de las oportunidades, sino de la esperanza de una positividad disponible, en personas que se encuentran, en bienes de los cuales se puede disponer, en recursos del pensamiento y del corazón. Así como también se dan expectativas e invocaciones al interno de las desilusiones y de los fracasos, en el encuentro con la fragilidad y la falibilidad que nos es propia. El Dios de la misericordia es el Dios que pone a prueba su palabra, su amor dentro de ese tejido complejo y a veces enmarañado: es su palabra de vida que se vuelve vecina, su amor que sana y nos pone en camino. Aquí, para la teología hay una exigencia de recuperación del significado de la fe en Dios creador de todo. Dios y el hombre en su mundo no se encuentran como extraños: de Dios nos da noticia el sentido de las cosas y la complejidad del corazón del hombre. El anuncio del evangelio, el hacerlo llegar a todos una "segunda vez", implica la atención a la historia, a sus peripecias, a las lecturas que de ella se realizan con las amnesias o expropiaciones a las que a veces nos pueden inducir. Es el camino de la encarnación, la vía de los "gemidos" del Espíritu que presiona desde el interior de las estrecheces de la existencia humana para que se abra a la dignidad filial y fraterna del ser humano viviente.

b/ Una iglesia que escucha una triple invitación: a la conversión como adopción del punto de vista del evangelio. Segundo anuncio significa siempre primeramente una comunidad cristiana que escucha “por segunda vez” el evangelio, es decir lo escucha en las nuevas condiciones por las que está atravesando; desde dentro de las condiciones que viven las personas que encuentra, toma nota de sus resistencias y de los sorprendentes caminos que el evangelio sabe abrirse. La vida de los que se encuentran se convierte en lugar de escucha del evangelio. Por su parte el evangelio nos ofrece palabras para la vida de las cuales no disponemos por nosotros mismos, nos da palabras incluso dentro de la muerte. *b/ al discernimiento.* Se trata, como sugiere GS 1 de distinguir dentro de las alegrías y las fatigas de los hombres el eco de las promesas de Dios, de ofrecer al corazón que interroga la validez de los deseos que nos hacen verdaderamente humanos. De restituir las razones para desear la felicidad, la justicia, la paz. En esto no cabe ninguna concesión al relativismo, sino la libertad de llegar hasta la concreta condición de cada uno para mantener libre el vínculo hacia una vida auténtica, vínculo formado por pasos realizables. *c/ a la proximidad* como modo de habitar el mundo. La cercanía como caminar juntos, como intento de ser presencia buena para el camino del otro es la forma adecuada al mensaje evangélico, que acaba deformado si es obligado a habitar dentro de la figura de principios abstractos, generales a los cuales toda vida debería someterse. El test de la proximidad viene dictado por el evangelio: es la atención hacia los pobres, la actitud para darles a ellos la palabra, a actuar de tal modo que puedan ocupar su puesto en la vida y en la comunidad cristiana. Lo cual significa también presentar resistencia hacia todo aquello que tiende a producir pobreza, que induce a condiciones de discriminación. Se trata de resistir a los múltiples rostros de la violencia que marcan nuestra historia. Se trata de la figura de la santidad de la iglesia como “santidad acogedora” que despliega sus raíces hasta el interior del misterio pascual del Señor.

c/ Una iglesia que anuncia el evangelio como gracia del devenir humano. Se trata de una iglesia, comunidad de mujeres y hombres, jóvenes y adultos, que comparte la condición humana y el compromiso de devenir

humanos humanizando el mundo. Una iglesia que reconoce en esta condición y compromiso el lugar en el cual Dios, el Padre de Jesús, nos sale al encuentro con sus promesas, su fidelidad, el grito y los gemidos del Espíritu, su fuerza creadora. Que reconoce su labor como diaconía en el Espíritu (2 Cor 3, 8), como fraterna compañía en el nombre de Jesús, el Señor, hasta que Dios, el Padre, pueda manifestar toda la verdad de sus promesas. Una Iglesia que “recomienza” todos los días a leer la historia, a invocar la luz del evangelio, a practicar la proximidad, a hacer la experiencia de cómo Dios nos humaniza, hasta que el Señor venga, como único Señor de la historia.

Se trata de una iglesia que nace/renace en el encuentro con las personas, donde la búsqueda de los diversos rostros de la confianza que la vida necesita para desarrollarse encuentra el modo del ser humano de Jesús expresado por la palabra, por los testimonios que la misma ha suscitado y suscita, por los discípulos que buscan figuras del reino de Dios con sus modos de dar forma a su participación en la vida del mundo. La iglesia nace en la oferta de puntos de referencia que son “gracia” para nuestras existencias: la pascua de Jesús que se refleja en sus palabras, que permanece disponible en los signos que él mismo plasmó para expresar su modo de estar con nosotros. De estos puntos de referencia la comunidad cristiana vive y es un lugar de práctica que hace preciosa la pertenencia a ella. Ella no es otra cosa sino un “laboratorio” de vida buena en el nombre del Señor para el mundo

Conclusión

No resulta difícil reconocer que las tres direcciones señaladas inducen a una reelaboración de la figura de la comunidad cristiana, de sus dinámicas internas, así como de su modo de situarse en el ambiente de vida que habita. Podemos intentar un esbozo sobre ello:

-De su hacer, de las iniciativas previstas de llevar a la práctica y de la localización de los recursos que ello exige, de la cuestión sobre el sentido: ¿qué pretendemos que suceda a nuestros interlocutores, entre ellos mismos, entre ellos y nosotros, a través de lo que hacemos? Ante todo, ¿qué significa para

nosotros, como acto exquisitamente humano, abierto a una riqueza ulterior, sorprendente, bueno para la vida, la sorpresa del evangelio?

-Del sentido en el cuidado de las modalidades relacionales que vivimos entre nosotros como sujeto iglesia (fraternidad/sororidad): son la *carne de la Palabra* (la palabra que se hace carne, el signo/fruto de la palabra en el espacio humano que habitamos) que posibilita la *palabra de la carne*, es decir el mensaje que se trasparenta en el modo con el que la comunidad cristiana habita el mundo (propuesta de vida buena), una palabra que puede habitar la vida como “buena noticia”. Así cada práctica de la fe es también un recurso para la vida cotidiana, para la “vida buena”.

-De los “momentos” (celebraciones, encuentros...), al camino como tenaz, paciente y hermosa trama del recuerdo entre eucaristía dominical y vida cotidiana a través de la mediación (catequesis, atención a las pobreza que nos rodean, modos de presencia allí donde la vida cotidiana busca sus significados...), y los ministerios destinados a esta finalidad (con la formación que exigen).

-Llegar a ser comunidades cristianas: menos organización de iniciativas/servicios y más *comunidades comunicativas*, interesadas en las redes de comunicación y proximidad que se instauran, aptas para facilitar el acceso a la “buena noticia” del evangelio, en la forma posible para cada uno. Es comunidad cristiana que desplaza la atención de los niños hacia los adultos, que vive por ej. la Iniciación cristiana como interpelación a los adultos antes que como tarea para los niños.

-Convertirse en *Iglesia en salida*, que reconoce que el lugar donde la Palabra puede ser escuchada en el Espíritu es la proximidad (esto distingue de la propaganda que pretende sugestionar, seducir...). Es habitando los espacios de la vida (cfr. los cinco ámbitos señalados por el congreso eclesial de Verona y propuestos de nuevo por *Educare allá vita buona del Vangelo*), situándose en su interior, como la Palabra libera su mensaje por la acción del Espíritu en nosotros. Dios nos habla con palabras que provienen del alfabeto de la vida (*Educare allá vita buona del Vangelo* 3).

-Hacerse una iglesia que habita este mundo como parte, con su “*diferencia*” como recurso de proximidad, de la propuesta sorprendente de humanización (con fatigas que ¡valen la pena!, con la liberación de las cruces inútiles y dañinas...), aportando los signos del reino de Dios que son para todos y apremian a todos⁸.

Somos comunidades cristianas llamadas a aprender a habitar de manera nueva nuestro mundo, aprendiendo a conocerlo (en parte se nos ha vuelto externo/ extraño, en parte nos habita, a veces sin que lo advirtamos...) recibiendo los valores que conlleva (el Espíritu sopla donde quiere), contestando cordialmente sus atrofias, y ofreciéndole la luz del Evangelio. Como iglesia, estamos comprometidos en la tarea que unifica a todo ser humano: humanizar la vida y el mundo que habitamos, superando las inhumanidades que muchos soportan y que habitan en todos. La fe cristiana es nuestro modo particular, recibido por gracia, de dar nuestra contribución a esta tarea, anunciando la “buena noticia” del reino de Dios, de actuar al estilo de Jesús y por su Espíritu entre nosotros y en nosotros, para todos.

8 Una serie de indicaciones más amplias en un estilo sencillo se nos sugieren por ej. por M. HÉBRARD, *Pour une Église au visage d'Évangile: douze urgencies*. Ed. Fidélité, Namur 2014. Con relación al contenido cultural actual se puede ver rápidamente; A, JOIN-LAMBERT, *Vers una Église liquide*, en *Études* 2 (2015), 67-68. Para una reflexión que pretende llegar a las raíces: S. CURRÒ, *Perché la Parola riprenda suono*, LDC, Turín 2014.